

Antígona Vélez

Juan Carlos Zorzi

Libreto de Javier Collazo

Estreno mundial: Buenos Aires, Teatro Colón, 17 de diciembre 1991

En algún lugar de la provincia de Buenos Aires, cerca del Río Salado hacia 1880.

Los hermanos Martín e Ignacio Vélez se han enfrentado perdiendo ambos la vida. Ignacio, no sólo se ha pasado a los indios sino que participó en un malón que ha atacado a la estancia “La Postrera”, defendida por Martín. Facundo Galván, que es el que da las órdenes en la Estanca después de la muerte de Luis Vélez, padre de los hermanos, resuelve celebrar honras fúnebres para Martín y prohibir que el cadáver de Ignacio, el desertor, sea enterado. Mientras las mujeres rezan junto al cuerpo de Martín, tres brujas predicen que Antígona cavará esa noche la tumba de Ignacio. Para Antígona, Ignacio ha pagado su culpa con la muerte y ella no puede aceptar el criterio impuesto por Facundo, quien sostiene que hay una sola ley para cumplir: “abrazarse al suelo pampa y no soltarlo”. “Si alguien enterrara a quien traiciono a esta tierra, más le valdría no haber nacido”.

Ahora las Brujas tienen la visión de un caballo que va galopando ciego, cubierto por la sangre de Antígona.

Al amanecer del siguiente día, su hijo Lisandro y el Rastreador traen la noticia de que los pampas están al acecho. Don Facundo se queja de la actitud de Antígona a la que Lisandro intenta defender. Lisandro y el Rastreador informan a Galván que el cadáver de Ignacio ha sido enterrado y se ha puesto en la tumba una cruz de sauce atada con hilo negro. La pesquisa que ordena Don Facundo revela que quien ha violado la orden ha sido Antígona, quien admite que ha sido ella la que enterró a su hermano. Facundo ordena a los hombres que ensillen un caballo sobre el cual Antígona deberá salir de “La Postrera”, Lisandro le advierte que ello significa la muerte de la mujer ya que la estancia está rodeada por los indios. Don Facundo permanece inmutable.

Tras un encuentro en que Antígona Vélez y Lisandro, se confiesan su amor, ella asume que no podrá vivirlo. Su destino, le dice a un grupo de mujeres, debe cumplirse “para que la pampa pueda llegar a dar flores algún día”. Al igual que la trágica protagonista del mito helénico, Antígona Vélez es consciente de que no puede ser infiel a su estirpe. No traicionarla es su deber y su destino.

Antígona sale de la estancia custodiada por los Hombres. Tras ella, sale un segundo caballo llevando a Lisandro. Las tres Brujas describen la visión de dos muertos –un hombre y una mujer- que juntos y abrazados, prendidos por una lanza “forman un solo corazón contra el odio”. Los cuerpos de los jóvenes son llevados a la Estancia por los soldados, que han puesto en fuga a los indios. Don Facundo ordena a los hombres cavar dos tumbas para enterrar a sus muertos. “Si bien se mira –dice- están casados, ¡y todo el desierto se poblará de los hijos que habrán de darme!...”

Fuente: Valenti Ferro, Enzo. Historia de la ópera Argentina. Buenos Aires, Gaglianone, 1997. p.120-21

ZORZI, RECREADOR DE MARECHAL

"Antígona Vélez", emotiva ópera

Nuevamente el Colón acaba de acreditarse un estreno mundial, doblemente significativo por tratarse de una ópera de autores argentinos y de ambiente nacional: "Antígona Vélez", música de Juan Carlos

Zorzi, libreto de Javier Collazo sobre la obra de Leopoldo Marechal, transmutación del original de Sófocles. Pese a la apatía del público del gran abono, fue mejor recibida que alguna ópera "de repertorio".

Al margen de la calidad de la composición, el texto y el espectáculo, el estreno de la ópera Antígona Vélez, de Juan Carlos Zorzi, libreto de Javier Collazo sobre la tragedia de Leopoldo Marechal, significa un notorio progreso en esa contrahecha relación que tradicionalmente mantuvo nuestro público respecto de la producción lírica argentina. A nuestras óperas se les ha exigido, simultáneamente, imposibles tales como virginidad en la política, tradición y novedad, carisma de compositores que el medio es incapaz de consagrar (como sí lo hace, en cambio, con deportistas y músicos populares) y comprender, de entrada, un texto que se le presenta por primera, y quizá, única vez. Muy pocos de nuestros espectadores entienden lo que se dice en una ópera de Wagner, por añadidura, en medio de la cargazón orquestal, pero solo se irritan cuando no entienden un texto de ópera argentina. Racionalmente, no existe diferencia entre ignorar en alemán e ignorar en castellano, pero así actúan los prejuicios.

Tal vez fueron los prejuicios, el estar en diciembre, el que para algunos ya comenzó el receso, etcétera, lo que hizo que la primera función de Antígona Vélez, en gran abono, tuviera relativamente poca concurrencia. Pero los que estuvieron aplaudieron con entusiasmo, y se oyeron varios "bravo", lo que

parece indicar que la obra gustó y que la contractura frente a la lírica nacional comienza a ceder. Que lo tenga en cuenta el Teatro Colón, que acaba de acreditarse este honroso estreno mundial. Próximas funciones: mañana, 22 y 26.

Javier Collazo —también autor del argumento y libreto de El timbre (La Plata, 1974), la primera ópera de Zorzi— desentraña las equivalencias de personajes de Sófocles y Marechal: Antígona, Antígona Vélez; Edipoes, Martín Vélez; Polinice, Ignacio Vélez; Ismene, Carmen Vélez; Creonte, Facundo Galván; Hemón, Lisandro Galván; Edipo, Luis Vélez.

Es sabido que la ópera surge de la refriega dialéctica entre el oratorio y el drama. En Antígona Vélez de Zorzi, tiende a primar el oratorio, sin duda, por imperio del libreto. En cuanto a la música, se podría disentir de Zorzi en cuanto a la abundancia de la entonación sobre una misma nota, el abuso de "pedales" (rítmicos, armónicos y figurados) y cierta tendencia a la reiteración: todo el idilio de Lisandro y Antígona, en el segundo acto, transcurre sobre un mismo ritmo convencional de milonga pampeana.

Pero Antígona Vélez no es una ópera burdamente nacionalista, folclorizante, sino una pieza lírica de suma sensibilidad, incluso con bellas melodías (es hermoso el can-

to de Antígona y las mujeres, del tercer acto), donde el compositor, entre elegir los ritmos y giros del clasicismo o el romanticismo europeos, prefirió los pampeanos en una sublimación espontánea, lograda con fervor, amor, oficio, buen gusto y humanismo, en suma, antes que con alquimia.

Adelaida Negri, separada de su repertorio habitual lírico-belcantista, se expresa con una magnífica creación del personaje, aun luchando —con éxito— contra pasajes demasiado graves. Otro dueño de la escena, y a quien mejor se le entiende el texto es Ricardo Octale (Don Facundo), y es magnífica la estampa vocal de Gabriel Renaud (Lisandro). Agata Chisari, segura y musical, representa a Carmen Vélez, y Mónica Ferracani pone su refinamiento y belleza vocal en un personaje paralelo a su equivalente artístico, Gustavo Gilbert. El magnífico elenco se completa con Evelina Tacattani, Bruno Tomaselli, Mario Solomonoff, Allela Cecotti, Lilliana Borri, Lucella Ramos Mañé, Oscar Grassi y Aldo Moroni.

Dirección musical —muy buena orquestación—, el propio Zorzi, con su experiencia y sabiduría. Coreografía, armoniosa y oportuna, de Evet Galant. Régie, lógica, equilibrada, de Jorge De Lassaletta, con inteligente escenografía de Cristián Prego.

Pompeyo Camps



Ricardo Octale en su magnífica composición de Don Facundo, de la ópera "Antígona Vélez", de Zorzi. Atrás, de perfil, Mónica Ferracani. Buenas voces de la lírica nacional en el Colón.